

HAY QUE PASAR POR EL ENCUENTRO CON CRISTO PARA CUMPLIR LA MISIÓN

***Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia,
obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial
"Compartiendo el Evangelio"
4 de junio de 2006, Solemnidad de Pentecostés***

Evangelio de San Juan 20, 19-23

Recordatorio:

Hoy celebramos Pentecostés, la Fiesta del Espíritu Santo.

Iniciamos, con toda la Iglesia, la Semana de Oración por la unidad de todos los Cristianos.

Recordamos que el próximo sábado, 10 de junio, es el 5º aniversario del inicio canónico de nuestra diócesis de Avellaneda Lanús.

Evangelio:

La Fiesta de Pentecostés es la fiesta del nacimiento de la Iglesia. Podríamos decir que siempre hay momento de formación de nuestra querida Iglesia.

La Iglesia fue engendrada en el seno virginal de María, en la Encarnación del Verbo.

La Iglesia es consumada, fundamentalmente, en la crucifixión, en la muerte y en la resurrección.

La Iglesia es dada a conocer, como dada a luz, en Pentecostés. Por eso, en Pentecostés, nace la Iglesia. Es el Espíritu de Dios.

Ya en el Antiguo Testamento, en Israel, era la manifestación de los cincuenta días después de la Pascua, para recordar la liberación de los israelitas, bajo la esclavitud de los egipcios. Y ellos llegaron al Monte de Sinaí.

Luego Dios habló a Moisés, hizo el pacto, la alianza, donde les dijo: "recuerda Israel, a partir de este momento ustedes serán mi pueblo y Yo seré vuestro Dios." Y el pueblo de Israel se comprometió a cumplir la ley, los mandamientos, que Dios les había dado.

Pero ahora, en Pentecostés, se forma el nuevo Pueblo con los hombres de todas las razas y todas las naciones, liberados a la nueva y definitiva Pascua por la sangre de Jesús, por la sangre del Cordero. Es el inicio de la Iglesia. Es el comienzo del nuevo Pueblo de Dios.

Lo que unifica a todos los pueblos no es la ley, sino que es el mismo Espíritu Santo. En ese momento, los galileos hablaban y todos los extranjeros los entendían en su propia lengua.

Es el Espíritu Santo que está presente en la Iglesia.

Es el Espíritu de Cristo que dice: "Yo estaré con ustedes hasta el final de los siglos."

Es Cristo, con el Padre, que nos envía al Espíritu Santo para santificarnos, para quitarnos el temor y, sobre todo, para darnos la paz.

El Espíritu Santo, en Pentecostés, nos hace nuevos como Pueblo de Dios, como hijos de Dios. Nos quita el temor, nos quita de la esclavitud, del pecado, de las miserias y nos da la PAZ que sólo Dios quiere dar y sólo nosotros podemos recibir.

Es una paz que nos da alegría. Una alegría profunda que brota del Espíritu. Es el Espíritu de Dios que está en nosotros, que nos mueve al reconocimiento del Espíritu Santo, del Espíritu de Dios.

También nos da firmeza y seguridad, ¿para qué? Para ser testigos.

En Pentecostés también nosotros somos enviados.

Así como el Padre envía a Cristo, Cristo resucitado con el Padre, nos envía el Espíritu Santo que nos empuja, que nos envía y que nos da una misión. Una misión que tenemos que cumplir; que tenemos que desarrollar; que tenemos que trabajar; que tenemos que cultivar, que tenemos que comunicar a los demás.

En este Evangelio, de San Juan, hay algo muy importante: nos da la paz y a los Apóstoles da el poder de quitar el pecado.

Los hombres, cuando recibimos una ofensa, podemos perdonar no acordándonos de esa ofensa. Nos olvidamos, no la tenemos en cuenta. *Cuando alguien te ofende, vos podés perdonarlo y no tenés en cuenta esa ofensa recibida.*

Pero Dios, no sólo que no lo tiene en cuenta, sino que quita el pecado. Con su perdón, Dios transforma; te quita del pecado y te hace una nueva persona. Toca así lo fundamental, el alma, de cada persona.

Es una cosa muy importante el poder que Dios confiere a sus sacerdotes de, en su Nombre, perdonarnos, restituirnos, rescatarnos, revestirnos de Cristo y volvernos a presentar ante la comunidad.

Es importante darnos cuenta que el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda, para que no seamos perezosos, para no quedarnos en la fragilidad y en el egoísmo. Sino fundamentalmente para que seamos testigos.

La Iglesia nos convoca para que el año que viene, 2007, en la 5ª Conferencia del CELAM, a ser "Discípulos y misioneros para que nuestros pueblos, en El, den fruto y frutos en abundancia." Tenemos que prepararnos porque queremos cumplir y llevar a cabo una gran misión continental.

Pero ¿cómo vamos a llevar este mensaje? Si pasamos primero por la experiencia de la conversión. *Quien pasa primero por el encuentro con Cristo, por la conversión, ese es apto para cumplir la misión.* La misión se va a llevar a cabo en la medida que contemos con el encuentro con Jesucristo. Recuerda que tienes una misión que cumplir: en lo tuyo, personal, en tu familia, en la Iglesia y en el mundo.

Que el Espíritu Santo, que viene a darte fuerzas, obre en ti maravillas y puedas cumplir con esta, tu vocación, tu misión.

Les dejo mi bendición, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús

